

Economía psicológica

Januar Zevad

Cuando los economistas —hablo de los economistas en general— no encuentran salida lógica en sus especulaciones teóricas y prácticas —las prácticas son consecuencia de las teóricas, a menos de ser su sistema ideológico un batiburrillo— siempre hallan a mano un factor psicológico con el que salir del paso. Esto es lo que ordinariamente se dice irse por la tangente, y el vulgo se queda satisfecho con eso, porque precisamente esas explicaciones antropomórficas son a las que el vulgo acude y las que más le satisface, por ser las más superficiales de todas y las primeras que encuentra, escurriendo autónomamente en su propio acervo espiritual.

Sólo que para eso no tendríamos que acudir al economista, al hombre de ciencia, del cual esperamos que se adentre algo más hondamente en la realidad de las cosas y nos dé una interpretación de ellas que no podemos aspirar a que sea la realidad misma, pero sí a que la penetre más y mejor, lo cual se revelará en dos cosas: 1.^a, en que nos dé una concepción más radical y consistente de lo que queremos saber; y 2.^a, que nos dote de armas más eficaces para actuar sobre esa realidad, cuando el modo de desarrollarse los acontecimientos no nos parece bastante satisfactorio.

El economista que se contenta, —y pretende que nos contentemos nosotros— con una explicación psicológica falta totalmente a su misión, dándonos, cuando le pedimos una nuez, una cáscara vacía. Pero hay algo más huero todavía que eso, y es cuando se mezclan en una misma explicación factores reales y factores imaginarios o psicológicos. Porque los que eso hacen no advierten que lo real y lo psicológico son cosas que se desarrollan en planos distintos que no pueden conjugarse, que son como ruedas dentadas que no engranan entre sí. Quisiera valerme de una imagen: Si hablamos de milagros, podemos admitir que un cuerpo pesado se mantenga, estando libre y quieto en el espacio; en eso consiste el milagro. Pero ¿qué sucedería si, hablando de hechos reales y físicos, los mezcláramos con otros milagrosos? Pues en tan distinto plano están lo natural y lo milagroso como lo real y lo psicológico. Con nuestra fuerza física, si es suficiente, podemos mantener un cuerpo sobre el vacío, sin que caiga, pero con la fuerza sola de nuestra voluntad, por grande que sea, no podremos impedir que un grave caiga, a menos que ocurra un milagro, cosa que no ha de suceder, de seguro, dado que nosotros no somos taumaturgos.

Mas no nos mantengamos en la esfera de lo abstracto, y vengamos a un caso particular de la ciencia que nos compete. Los economistas del siglo pasado, de los fines del XIX, se dieron clara cuenta de que las crisis económicas eran un fenómeno importante de la economía, cuya explicación la ciencia clásica había fallado, quizás porque, en sus sistema optimista de que con la libertad todo iría bien, no encontraba lugar. Los nuevos economistas, aun sintiendo que la necesitaban, tampoco daban con la explicación, y entonces a un economista francés, Walras, se le ocurrió hacer intervenir, junto

a las realidades del mundo material, es decir, de aquellas ideas nuestras que consideramos nacidas de un substratum real, aquellas otras cuya existencia brota de nuestra voluntad. (El mundo como voluntad y como representación, según la dicotomía de Schopenhauer.)

Observó aquel economista, o intuyó, que había, mezclado con las causas del fenómeno crítico, un factor monetario. Se notaba la existencia de falta de dinero, pero falta ¿con respecto a qué? Porque si hacemos jueces de ello a los propios individuos, siempre les parece a éstos que cuanto más dinero tengan, mejor. Sólo que ese patrón de la apetencia individual no coincide con el que le conviene a la colectividad, pues si se les dejase a todos guiarse por él, pronto se caería en la inflación, que es un azote social.

Fue entonces cuando a Walras se le ocurrió establecer un parangón entre la cantidad de dinero real y la *deseada*, sin percatarse de que así introducía en la Economía un factor psicológico, cosa que los clásicos habían cuidado de evitar, sintiendo que se trataba de factores extracientíficos que no podían ser enjuiciados abjetivamente. Walras venía a admitir implícitamente que un negociante podía contar los dólares de su apetencia como los de su caja de caudales, pero lo cierto es que, en cuanto se deja el mundo de lo real, se penetra en la región de lo caprichoso y subjetivo. Walras, ante una dificultad que no sabía cómo resolver y que le impedía acabar de desarrollar su tesis matemático-económica, se valió de un tranquilo para pasar adelante. Algunos lo han tomado en serio y como cosa definitiva.

La introducción de lo psicológico en lo científico no es de hoy; se trata de un trasnochado recurso. Todo el mundo ha oído aquello del «horror de la Naturaleza al vacío» que Torricelli convirtió en el concepto científico de la presión y peso de los gases. Esa substitución de las explicaciones psicológicas y antropomórficas por explicaciones científicas, es decir, objetivas y naturales, fue una de las grandes obras del Renacimiento. Por eso, cuando Newton, dentro ya de la corriente renacentista, se encuentra sin explicación racional para su gravitación universal que explica toda la mecánica celeste, pero que no se explica a sí misma, no se para ante la dificultad, y crea la imagen de la atracción de la materia, mas no se atreve a decir que la materia se atrae, y emplea el circunloquio de que «es como si la materia se atrajese...».

Volvamos a Walras. Ha tenido en esto que comentamos un imitador, Keynes, que ha acuñado para la misma idea una denominación nueva, algo más oscura —quizás a eso debe su mayor éxito: «preferencia de liquidez»—. Walras y Keynes vivieron tiempos de crisis y depresión. Keynes tuvo ante sí la primera postguerra del siglo, con su desocupación masiva, su caída de precios, su parálisis económica, que obraron la virtud de convertirlo al proteccionismo, a él que había nacido a la ciencia bajo el palio del librecambio. ¿Habría pen-